

## **DIOS NO SE ENTREGA A AQUELLOS QUE LE BUSCAN INTERESADAMENTE.**

***Juan 12:11 “Este principio de señales hizo Jesús en Caná de Galilea, y manifestó su gloria; y sus discípulos creyeron en él”.***

***Juan 12:23 “Estando en Jerusalén en la fiesta de la pascua, muchos creyeron en su nombre, viendo las señales que hacía. v:24 Pero Jesús mismo no se fiaba de ellos, porque conocía a todos, v:25 y no tenía necesidad de que nadie le diese testimonio del hombre, pues él sabía lo que había en el hombre”.***

El milagro que el Señor hizo en Caná de Galilea fue convertir siete tinajas de agua en vino. Los milagros que el Señor hizo fueron maravillosos, sólo que no debemos ignorar lo que dice el v:24 ***“Jesús mismo no se fiaba de ellos, porque conocía a todos...”***. Este verso es muy difícil entenderlo a simple vista, y sobre todo porque muchas versiones bíblicas tienen una tendencia protestante, pero dice la Versión Cantera Iglesias: ***“Pero el Señor no se entregaba a ellos...”***; esta traducción no está lejos del significado de los manuscritos originales, pues, la idea es que *“el que no cree no se entrega”*. No es una idea descabellada interpretar el verso de esta manera, ya que el amor todo lo cree, por lo tanto, el que desconfía, o no cree, no puede ser abierto. Para que alguien se pueda entregar necesita tener plena confianza, y ese es el sentido del pasaje, que Jesús no se entregaba plenamente a los que creían en Él a causa de los milagros.

El milagro de las bodas de Caná es uno de los más sorprendentes que el Señor hizo; Él convirtió el agua en vino y seguramente toda aquella ciudad se enteró de tal milagro. Es curioso ver cómo el apóstol Juan, lejos de plasmar en sus escritos una exaltación a los milagros del Señor, nos advirtió acerca de no dejarnos sorprender por ellos. Con esto no estamos diciendo que no existan los milagros, o que sean malos, más bien, sólo queremos enfatizar que la Biblia nos advierte de que no nos maravillamos por las cosas sobre naturales de Dios.

La Vida cristiana jamás ha consistido en milagros. Desde que inició el Nuevo Pacto hasta nuestros días, no es cierto que Dios quiera que estemos aferrados a ellos, ni que sean la base de nuestra fe. Es cierto que en la Biblia se narran muchos milagros, pero no por eso fueron el día a día del Ministerio del Señor, ni la experiencia cotidiana de la Iglesia del principio. En el libro de Hechos vemos muchos milagros, pero lo que no calculamos es la gran cantidad de años en los que éstos transcurrieron. No debemos pensar que cada día que la Iglesia estaba reunida sucedía un milagro, eso no fue así, eso es lo que nos hizo ver la doctrina pentecostal. Pero como decimos nuevamente, no estamos negando los milagros, ni los desvirtuamos, sólo debemos entender la advertencia que el Señor nos hace en cuanto a embelesarnos con ellos.

Queremos ver por la palabra del Señor cuán peligroso es que pongamos el fundamento de nuestra vida cristiana en lo referente a los milagros. Si Dios en algún momento nos hace un milagro debemos ser agradecidos con Él, pero jamás debemos esperar que

nos pasen milagros todo el tiempo, eso no es así, y es lo que vamos a probar en La Escritura.

Los versos que leímos al inicio nos muestran que mucha gente creyó cuando el Señor les hizo milagros, es decir, pusieron el fundamento de su fe en lo milagroso, y es donde surge el error. El resultado de conocer al Señor de esta manera es que Él toma la actitud de no entregarse totalmente a tales creyentes. El apóstol Juan nos muestra a lo largo del capítulo 2 que el Señor no se fía de los creyentes que esperan obtener algún beneficio personal. No es casualidad que seguido al relato del milagro de las Bodas de Caná, el apóstol Juan escribe cómo el Señor tomó un azote, les volcó las mesas a los cambistas y a los mercaderes del Templo, (*Juan 2:13-22*) y les dijo: **“Quitad de aquí esto, y no hagáis de la casa de mi Padre casa de mercado...”**. A simple vista tal vez no tenga mucha relación este escenario del Templo con el de las Bodas de Caná, sin embargo, el apóstol Juan sí estaba hablando de lo mismo, de aquellos que buscan obtener de Dios un beneficio personal.

Para entender por qué el Señor se airó en el Templo en contra de los cambistas y los mercaderes del Templo, recordemos que en la Ley de Moisés Dios le dijo a los hijos de Israel que tomaran de lo mejor de sus ganados para ofrecerlos en sacrificio, y los que no tenían ganado debían ofrecer aunque sea unos palominos, pero nadie debía llegar a la casa de Dios con las manos vacías. Ante esta práctica muchos de los hijos de Israel empezaron a vender animales en el Templo, ellos obtenían beneficios personales con las cosas de Dios. Esto es, precisamente, el mal fundamento del cuál estamos hablando, de querer obtener siempre algo para nuestra cuenta cuando nos acercamos a Él. Es parecido a la actitud que toman los hijos cuando salen de la casa con sus padres, creen que cualquier salida debe significar para ellos comer en algún restaurante, o por lo menos disfrutar de alguna golosina, y si no lo reciben regresan súper molestos. Que el padre de familia quiera darles algo a sus hijos porque le nace en su corazón, no significa que esté obligado a darles siempre todos sus antojos. De esta actitud niñezca debemos cuidarnos, de no convertir a Dios en la varita mágica que hace realidad nuestros deseos.

Los cambistas y los mercaderes del Templo convirtieron las cosas de Dios en la forma de ganarse la vida, ellos no llegaban con la intención de que hubieran sacrificios, sino de obtener ganancia de lo que el pueblo debía ofrecerle a Dios. Esto se fue haciendo una práctica beneficiosa tanto para el que compraba como para el que vendía; al oferente le salía más fácil comprar un animalito ya en las afueras del Templo, que tener que venir cargando uno desde su casa, y el que vendía, obviamente obtenía ganancias para sí mismo. El Señor Jesús se indignó de esta actitud, al punto que agarró un azote y los echó del Templo.

El Evangelio moderno le hace creer a la gente que cada vez que van a la Iglesia Dios tiene que darles algo. Esta no debe ser nuestra concepción del Evangelio, más bien debemos reunirnos con nuestros hermanos sabiendo que es un honor venir a la casa del Señor, y que es un privilegio traer una ofrenda para Él, lo demás sólo debemos recibirlo con acción de gracias. Muchos dejan de asistir a la Iglesia porque no escuchan

un buen sermón, pero yo le pregunto: ¿En qué parte del Nuevo Testamento encuentra usted que las reuniones fueron diseñadas por Dios para escuchar sermones? El apóstol Pablo dice en *1 Co 14:26* “**¿Qué hay, pues, hermanos? Cuando os reunís, cada uno de vosotros tiene salmo, tiene doctrina, tiene lengua, tiene revelación, tiene interpretación. Hágase todo para edificación**”. Este Evangelio de Pablo no concuerda con el Evangelio moderno, la Iglesia del Principio no se reunía para ir a recibir, más bien se reunían con la intención de llevar algo que edificara al Cuerpo de Cristo.

Hoy en día los creyentes no saben lo que es dar o hacer algo desinteresado, sino que en todo esperan recibir algo a cambio. Muchos hermanos se ven motivados a colaborar en ciertos servicios de la Iglesia toda vez y cuando, se les da algún distintivo sobre los demás hermanos. Los varones quieren un saco o una corbata que los diferencia de los demás, igualmente las hermanas se hacen ropas que llamen la atención, el punto es recibir aunque sea un poquito de gloria por lo que hacen.

En algunas ocasiones las Iglesias han hecho colectas para comprar sillas, o para hacer alguna otra diligencia para los locales de reunión, el punto es que cuando la recaudación se hace pública, la reunión se convierte casi en una subasta, a ver quien da más. No estoy diciendo que no se deba hacer eso, pero es obvio que el ambiente estimula la carne de muchos, pues, terminan dando para ser vistos y alabados por los hombres, de hecho estas colectas siempre son super abundadas. En otras ocasiones se han hecho colectas y se les ha pedido a los hermanos que escriban su promesa en un papel, pero casi nunca se llega a la cantidad deseada. Es obvio que esta metodología no exalta la carne de nadie, por lo que no dan de la misma manera. Esto nos muestra que no buscamos la recompensa que viene de Dios, sino la recompensa que viene de los hombres. El Señor Jesús advirtió sobre estas cosas, lo dice *Mateo 6:2* “**Cuando, pues, des limosna, no hagas tocar trompeta delante de ti, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles, para ser alabados por los hombres; de cierto os digo que ya tienen su recompensa. v:3 Mas cuando tú des limosna, no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha, v:4 para que sea tu limosna en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público**”. El hombre caído busca siempre la vanagloria de los hombres.

En los tiempos del Ministerio del Señor muchos lo siguieron por la comida, y en una ocasión Jesús les dijo: “**...De cierto, de cierto os digo que me buscáis, no porque habéis visto las señales, sino porque comisteis el pan y os saciasteis**” (*Juan 6:26*). ¿No será que nosotros estamos infectados de este mal? ¿No será que hemos creído y perseverado en el Evangelio con el fin de que nos vaya bien? Podemos seguir desarrollándonos de esta manera, pero será deficiente, será carente de la realidad de Dios. Si no cambiamos de ruta, a la hora que el Señor quiera usarnos para Su obra, seremos hallados obreros fraudulentos, gente inútil para el servicio.

**Hay dos razones por las que debemos corregir este camino:**

## 1.- PERDEMOS DE VISTA QUE EL EVANGELIO OPERA EN NUESTRO SER INTERIOR.

EL Evangelio opera al 100% en el ser interior del hombre. Lo que vemos de Dios afuera no es una regla a seguir. Si Dios le hace un milagro a un hermano, no es obligación que Él me haga ese milagro también a mi. Dios le puede hacer milagros a personas inconversas, y no por ello está obligado a hacerle milagros a los creyentes. No es que no creamos en los milagros, los hemos visto, y muchos han sido sorprendentes, pero eso no quiere decir que Dios está obligado a hacernos milagro tras milagro. El trabajo de Dios a través del Evangelio no es sanar el cuerpo físico, sino el alma. Dios puede sanar a alguien de un cáncer terminal, pero tarde o temprano se va a morir de una ú otra causa. Dios da sanidad divina pero no salud divina, de algo tenemos que morir. Dios nos puede liberar de accidentes, de hombres peligrosos, de terremotos, etc. pero ese no es el fin del Evangelio, tarde o temprano habrá algo de lo que no seremos librados. El Evangelio no nos fue dado para arreglar nuestro mundo exterior, sino para vivificar nuestro ser interior. Hay hermanos que dicen: *“yo quiero ofrendarle más dinero al Señor, por favor oren por mi para que me aumenten el sueldo”*; Si un hermano quiere dar más, no es necesario que Dios le aumente más el sueldo, lo que puede hacer es vender sus posesiones y ofrendárselas al Señor; en realidad él sólo busca más dinero para su propia cuenta. Todos tenemos este tipo de actitudes para con Dios, de una ú otra manera buscamos algo extra ordinario de Él, pero debemos tener claro que el fundamento del Evangelio no es un milagro en el exterior, sino una operación en el corazón.

Dice Mateo 5:46 ***“Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen también lo mismo los publicanos? v:47 Y si saludáis a vuestros hermanos solamente, ¿qué hacéis de más? ¿No hacen también así los gentiles? v:48 Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto”***. Esta tendencia de buscar algo a cambio la tenemos marcada en el corazón no sólo para con Dios, sino también con nuestros hermanos. Cuando le damos un regalo a un amigo esperamos que él nos de algo similar a cambio; de igual manera si alguien nos regala algo espera que nosotros le correspondamos con un regalo de igual valor. En pocas palabras, todos tenemos ambición al dar, pues, damos esperando recibir, y lo mismo hacemos con el Evangelio.

Los efectos de este mal proceder para con Dios los percibimos generalmente cuando queremos tener comunión con Él. Muchas veces sentimos que no podemos acceder a Su Presencia, pero ¿No será que el Señor se nos está escondiendo porque mira el interés que tenemos al acercarnos a Él?, ¿Somos nosotros igual a los creyentes que creían en Él sólo por causa de los milagros? ¡Dios nos libre de este mal!

Llegará el momento en que los milagros externos cesarán, Dios empezará a tratarnos en el interior, y será lamentable no poder ver la bendición espiritual que Dios puede darnos. Para muchos “mercaderes y cambistas del Templo” la bendición de Dios estriba en la medida que han sido abundadas sus finanzas, y por el contrario, si están en escasez creen que están bajo juicio de Dios. El Señor Jesús dijo le dijo en una ocasión

a Sus discípulos: **“Acordaos de la palabra que yo os he dicho: El siervo no es mayor que su señor. Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán; si han guardado mi palabra, también guardarán la vuestra. Mas todo esto os harán por causa de mi nombre, porque no conocen al que me ha enviado”** (Juan 15:20-21). Para nosotros estos versos están fuera de nuestro contexto doctrinal, nadie cree que va a sufrir al venir al Evangelio; si predicáramos esto abiertamente, seguro que nadie se convirtiera a Cristo. Para la Iglesia del Principio, en cambio, esto fue una realidad, ellos fueron azotados, encarcelados, y entregados a muerte por causa del Nombre de Señor. La fe de los primeros creyentes fue probada enormemente, ellos no se convirtieron al Evangelio por algún interés personal, al contrario, sabían que convertirse al Señor los llevaría muy posiblemente al martirio, a ser el espectáculo en los circos romanos mientras los devoraban los leones. Estos creyentes se sentían dignos de padecer por causa del Nombre de Jesús, no tenían ningún interés personal. El Señor probó la fe de los discípulos en aquel tiempo, y también hará lo mismo ahora, vendrá el tiempo en que los milagros se acabarán y entonces será probada nuestra fe.

Judas el Iscariote es un caso típico que le da vida al tema de este estudio: *“El Señor no se entrega a los que le buscan interesadamente”*. Judas sustrajo dinero desde el principio del Ministerio del Señor, él siempre robó, y el Señor lo sabía, pero le dio oportunidad que se arrepintiera hasta el día de su crucifixión, pero como no quiso soltar esa vida, no entró tampoco a la otra dimensión de comunión que estaba por venir. Hermanos, el Señor les retirará la comunión íntima a los creyentes que han puesto por fundamento obtener un beneficio de Él.

No hagamos de la casa del Señor una casa de mercado. La casa del Señor es la Iglesia, y la Iglesia somos nosotros los miembros que conformamos Su Cuerpo, por lo tanto, nosotros tampoco convirtamos la Iglesia en una casa de mercado.

## 2.- PERDEMOS EL AMOR POR LA PALABRA

Dios nos mide en el amor que le tengamos a Su Palabra. El Señor dijo: **“El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él”** (Juan 14:23). Note que no nos está hablando de entender la palabra, sino de amarla, de guardarla, de atesorarla, de amarla. El Señor vendrá y hará morada en aquellos que valoran las cosas espirituales, aquellos que valoran Su palabra. El Señor nos mide en cosas subjetivas, en aspectos que no podemos contabilizar, que sólo las puede ver Él, y el amor por la palabra es uno de ellos. Hay un amor especial que el Padre y el Hijo le manifestarán a aquel que ama Su Palabra, ellos vendrán y harán morada con él. El guardar la palabra no se trata de entender doctrina, sino de amarla.

Sólo los que tienen un corazón purificado de toda ambición podrán guardar la Palabra del Señor, ya que hay un precio alto que pagar por ella. Amar al Señor y Su Palabra no es algo que nos causa beneficios externos, por tal razón muchos se desentienden de ella.

Hay hermanos que dicen: “Yo vivo agradecido con Dios por los milagros de sanidad que Él ha hecho en mi vida”, “Yo vivo agradecido con Dios porque restauró mi matrimonio”, “Yo vivo agradecido con Dios por el trabajo que me ha dado”, la pregunta es: ¿Qué sucederá cuando falten los milagros?, ¿Qué va a decir el día que falten las finanzas?, ¿Podrá amar a Dios cuando venga la enfermedad?, ¿Seguirá agradecido todavía con Dios? ¡Cuidado! Hermanos, el fundamento del Evangelio no debe estar en los beneficios que obtenemos de Dios.

En una ocasión el apóstol Juan y el apóstol Pedro iban saliendo del Templo, y un hombre cojo de nacimiento les pidió limosna, pero ellos no llevaban nada de dinero en ese momento. ¿Puede usted creer que el “gran” apóstol Pedro y el “gran” apóstol Juan no tenían dinero? Pedro le dijo: *“No tengo plata ni oro, pero lo que tengo te doy; en el nombre de Jesucristo de Nazaret, levántate y anda...”*. Lo que los apóstoles tenían era más grande que el dinero, lo más grande que ellos tenían era la Vida de Cristo, la cuál en ese momento operó un milagro. Los milagros no son malos, ¡Gloria a Dios por ellos!, lo malo es que el corazón se vuelva un traficante de las virtudes divinas. Pedro y Juan no estaban frustrados por no tener dinero, ellos sabían que tenían algo más grande, tenían a Jesús aún en medio de la escasez ¡Aleluya!

Alegrémonos en el Señor, que Él sea la fuente de nuestro gozo. Si no ponemos a Dios como el fundamento de nuestra Vida, siempre veremos faltantes, siempre tendremos inconformidad, porque sólo Dios hace al hombre feliz. Muchas veces tendremos pérdidas y sufrimiento por causa del Evangelio, pero gocémonos en ello porque nuestro galardón será grande en los Cielos. El apóstol Pablo dijo en una ocasión: *“... **sobreabundo de gozo en todas nuestras tribulaciones**” (2 Corintios 7:4)*. Si nuestro parámetro para caminar con Dios es lo que sucede exteriormente, no podremos terminar nuestra caminata cristiana. Si el fundamento del Evangelio para un creyente son los milagros, va a flaquear en su fe cuando vengan los sufrimientos. El apóstol Pablo nunca tuvo estos problemas, al contrario, él se gozaba en las tribulaciones porque su fundamento no era lo externo sino la persona de Jesús.

*“El Señor no necesita gente en los púlpitos, necesita obreros; Él no necesita hombres elocuentes, necesita siervos”*. Hoy en día hay escasez de gente que le sirva al Señor porque todos buscan una satisfacción propia, todos buscan hacer algo que los emocione. Muchas veces la labor misionera se extingue porque se acaban las emociones de ir a romper piedra a algún lugar. Qué triste que el límite de nuestra experiencia con Dios y nuestro servicio para Él sea el estado emotivo de nuestra alma. Hoy en día hay que motivar a la gente para que le sirva al Señor aunque sea con un vaso de atol, porque nos hemos mal acostumbrado a “dar”, toda vez y cuando recibamos algo a cambio.

Nos hemos acostumbrado a traficar con Dios, nos hemos acostumbrado a recibir algo de Él, pero recordemos esto: Dios no se entrega a aquellos que le buscan interesadamente.

Retomando el pasaje que leímos al principio en el Evangelio de Juan, al seguir leyendo encontramos la historia del famoso Nicodemo, del cual dice *Juan 3:2* ***“Este vino a Jesús de noche, y le dijo: Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro; porque nadie puede hacer estas señales que tú haces, si no está Dios con él”***. Nicodemo creyó en Jesús a causa de las señales, se acercó al Señor de manera equivocada, de su propia boca le confesó al Señor que las señales eran la razón de creer en Él como un enviado de Dios. Qué fácil expuso su corazón Nicodemo, rápidamente desveló que su motivación a creer en el Señor era por causa de los milagros. La medicina para el evangelio interesado de Nicodemo fue “Nacer de nuevo”, empezar de cero. Hermanos, no es bueno estar en el Evangelio con un fundamento de interés propio, es mejor reiniciar nuestra caminata.

Corrijamos la plana de nuestra vida, no seamos como Nicodemo, el cual quiso presumirle al Señor con un corazón ambicioso. El Señor no pasó por alto el error de Nicodemo, Él fue tajante con este hombre, pues, le dijo: ***“De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios”***. En otras palabras, el Señor le dijo que se revisara si de verdad había nacido de nuevo, o sólo si era alguien impactado por los milagros. Dios nos quiere llevar a este punto a todos, es necesario darnos cuenta en qué terreno de fe estamos parados. ¿Seguimos a Dios por los milagros o por lo que Él es?, ¿Necesitamos milagros para perseverar en Él?. Dios nos permita ser reubicados como Nicodemo, que no miremos las cosas superficialmente, sino nos demos cuenta que lo más grande es lo interior.

Tiene que ser probado el vínculo que nos une a Dios. Debemos ser probados como Rut la moabita, una mujer a quien Dios le mató al esposo, luego al cuñado, luego a su suegro, y para colmo de males, todavía su suegra Nohemí le dijo que la dejara, que se fuera a su tierra, pero ella contestó: ***“No me ruegues que te deje, y me aparte de ti; porque a dondequiera que tú fueres, iré yo, y dondequiera que vivieres, viviré. Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios mi Dios. Donde tú murieres, moriré yo, y allí seré sepultada; así me haga Jehová, y aun me añada, que sólo la muerte hará separación entre nosotras dos”*** (*Rut 1:16–17*). Bajo ninguna circunstancia, ni por desgracia alguna Rut se regresó a su tierra, ella conoció a Dios de manera genuina y siguió a Nohemí en su retorno a Israel, y como todos sabemos Dios la honró grandemente. ¡Oh! hermanos sigamos a Dios a pesar de que perdamos todo, no importa el precio a pagar, que no nos importe que no se cumplan nuestros deseos y ambiciones; que nuestro vínculo con Dios no sea lo externo, sino haber nacido de nuevo genuinamente. Nos es necesario nacer del agua y el espíritu; esto es, ser regenerados en nuestro espíritu, y ser transformados mediante el agua de la palabra, hasta que un día nos sea recompensado en el Reino de los Cielos.

Un día serán juzgados todos los ministros que predicán a Cristo a Su conveniencia, serán llevados a juicio todos aquellos que han hecho comercio con el Evangelio, pero de igual manera serán juzgados todos aquellos que creyeron a ese mensaje errado. Dios nos permita seguirlo con corazones sencillos, y desinteresados.